

**Consecuencias de la revolución demográfica y del envejecimiento de la sociedad:  
reestructuración de las edades y modificación de las relaciones entre las generaciones**

Cortesía del Dr. Jean-Marie Robine.

(Les conséquences de la révolution démographique et du vieillissement sociétal: restructuration des âges et modification des rapports entre générations) *Sociologie et société*, 1995 ; 2(XXVII) : 9-26.

Loriaux M.

*En dependencia del movimiento de los nacimientos y los fallecimientos, la distribución de edades se puede transformar profundamente. Pero la natalidad y la mortalidad dependen, en parte, de las circunstancias sociales. De esta forma, la fuerza de la opinión, de las costumbres y de las obligaciones colectivas no sólo tienen como resultado el ajuste del comportamiento de las diversas categorías de edades, sino también modifican su importancia numérica relativa, es decir la proporción de niños, adultos, ancianos, a través de una acción, en realidad indirecta, cuyo resultado está lejos, y a veces ni se busca ni se prevé.*

M. Halbwachs (1938),  
*Morphologie sociale*, p. 109.

*A partir de la noción estrecha de estructura demográfica, en el sentido en que lo toman aquellos que insisten en la distribución de edades, tenemos pues que elevarnos a la de las formas de la población, ya que expresan a su manera las condiciones económicas y sociales, que pueden ser tanto obstáculos como incitaciones a su desarrollo.*

M. Halbwachs (1938)  
*Morphologie sociale*, p. 142.

RESUMEN

El envejecimiento demográfico se ha intensificado en el transcurso de las últimas décadas, lo que ha traído consigo una importante modificación de las relaciones entre las clases de edades y sexos. Esta evolución es consecuencia de un descenso secular de la fecundidad y la natalidad a la vez, pero sobre todo, en el momento actual, de un marcado retroceso de la mortalidad en edades avanzadas,

que se traduce en una progresión sustancial de la longevidad promedio que aumentó 30 años en el transcurso del siglo XX solamente (en el conjunto de países occidentales de Europa o de Norteamérica). Ahora bien, estos cambios de estructura demográfica conducen a una reorganización de las relaciones entre las generaciones, siendo sin dudas la consecuencia más espectacular e importante la coexistencia de cuatro a cinco generaciones con filiación directa en el mismo momento y en el mismo lugar. Obligatoriamente, esto afecta de forma profunda las condiciones de la vida familiar, pero también las condiciones de todas las formas de vida en sociedad que estos cambios de las pirámides de población alcanzan. Las mutaciones conciernen particularmente a la organización del trabajo y de la recreación, pero también a la seguridad social, a las modalidades de transferencia patrimonial, a las formas de poder político, a los valores culturales, etc. El autor defiende principalmente la tesis que plantea la necesidad de reinventar un nuevo “espíritu de vejez”, de restablecer a las personas de edad en status sociales revalorizados y de emplear todos los medios que favorezcan la integración de las edades y la solidaridad de las generaciones, con el fin de acceder en las mejores condiciones posibles a lo que él denomina “la era de la senectud” que acompañará el advenimiento de la sociedad post-industrial orientada hacia una producción masiva de actividades recreativas y de servicios.

#### PIRÁMIDES MÓVILES

Generalmente, los sociólogos no se interesan mucho, o bastante lejos, en los fenómenos de la población, mientras que los demógrafos en cambio han perdido el hábito de considerar los cambios demográficos que estudian como hechos sociales. Por ello, los unos y los otros pueden que no tomen conciencia plena de la importancia de los cambios sociales y de los entuertos colectivos que están relacionados con las transformaciones de las estructuras demográficas por edad y sexo que han caracterizado la dinámica de las poblaciones occidentales durante los dos últimos siglos, y particularmente durante la segunda mitad del siglo XX.

Nunca antes, a lo largo de la historia humana, se habían observado cambios de tal magnitud en tan corto tiempo. No sólo la muerte ha retrocedido como nunca antes lo había hecho, sino también la fecundidad ha experimentado una regresión en proporciones excepcionales, lo que ha provocado agitaciones estructurales que han modificado radicalmente los perfiles de las pirámides por edades y sexos.

El envejecimiento demográfico, que no existía pura y llanamente antes, aparece y se establece cada vez con más fuerza en las pirámides de edades y en las correspondientes sociedades. Además, hay que saber que estos cambios interrelacionados poderosamente obedecen a una especie de mecánica demográfica inevitable. Desde el momento en que la mortalidad descendió significativamente a inicios de lo que los demógrafos llaman comúnmente la “transición demográfica”, era indispensable que la fecundidad se ajustara

experimentando a su vez una regresión – con cierto desajuste cronológico – con la amenaza de asistir a un crecimiento exponencial ineludible del efectivo absoluto de las poblaciones. Y desde el momento en que la fecundidad se debilitó y abandonó los altos niveles que aseguraban un equilibrio demográfico bastante precario entre la cantidad de fallecimientos y de nacimientos, para garantizar la reproducción y el mantenimiento del grupo social, las relaciones entre las generaciones se modificaron, lo que provocó primero una disminución de la importancia de las clases más jóvenes, y por una especie de efecto de vasos comunicantes, un aumento subsiguiente de las clases más envejecidas, relativo al inicio y absoluto después. Hay aquí un ejemplo bastante poco frecuente de una “ley científica”, en el sentido en que las ciencias sociales, todas las disciplinas, se oponen rara vez, a saber una relación absoluta y segura entre el descenso de la fecundidad o disminución de la natalidad y el envejecimiento demográfico, ley que se podría formular de esta forma: “toda población caracterizada por un descenso duradero de su fecundidad está inevitablemente “condenada” a envejecer poco a poco”.

#### TRANSICIÓN EN PLURAL

Sin duda, hay que optar por una visión histórica larga, de un siglo o más, si se quiere tener una idea más exacta de la magnitud del proceso, pero una mirada hacia la última mitad del siglo o incluso sólo hacia los tres últimos decenios, es ya bastante revelador de los cambios que están ocurriendo, tanto que si algunas corrientes se despliegan por un plazo más largo (por ejemplo el descenso de la fecundidad), solamente aparecen otras más recientemente (la disminución de la nupcialidad, el auge de las uniones libres, etc.). En efecto, hay que recordar que la transición demográfica no es un proceso uniforme que se habría iniciado hacia 1800 en los países más avanzados y habría producido sus efectos de forma continua durante dos siglos, sino un proceso discontinuo, que se desarrolló a ritmos diferentes, con características evolutivas también diferentes, de manera que no es de una transición demográfica de lo que habría que hablar, sino más bien de dos, e incluso de tres.

En esta última hipótesis, la segunda transición demográfica se habría caracterizado por la disminución reforzada de la fecundidad a partir de 1965, acompañada de alteraciones importantes en la organización familiar, mientras que la tercera transición, que sería intervenida hacia 1985 o incluso 1990, se habría relacionado con la nueva revolución

epidemiológica que incluye prioritariamente a los ancianos y a los adultos, en lugar de a los niños, como ocurrió en el pasado, durante la primera revolución epidemiológica.

Para conocer la importancia de las transformaciones aparecidas, sería bueno dar algunos puntos de referencia cuantitativos sobre la base de indicadores que comúnmente utilizan los demógrafos. Se han seleccionado cuatro períodos de referencia basándonos en la situación promedio de los países europeos, que se convirtió también en la de la mayoría de los países occidentales o incluso de los países muy industrializados, incluyendo los que, como Japón, comenzaron su transición mucho más tardíamente, después de la Segunda Guerra Mundial (véase la figura 1.)

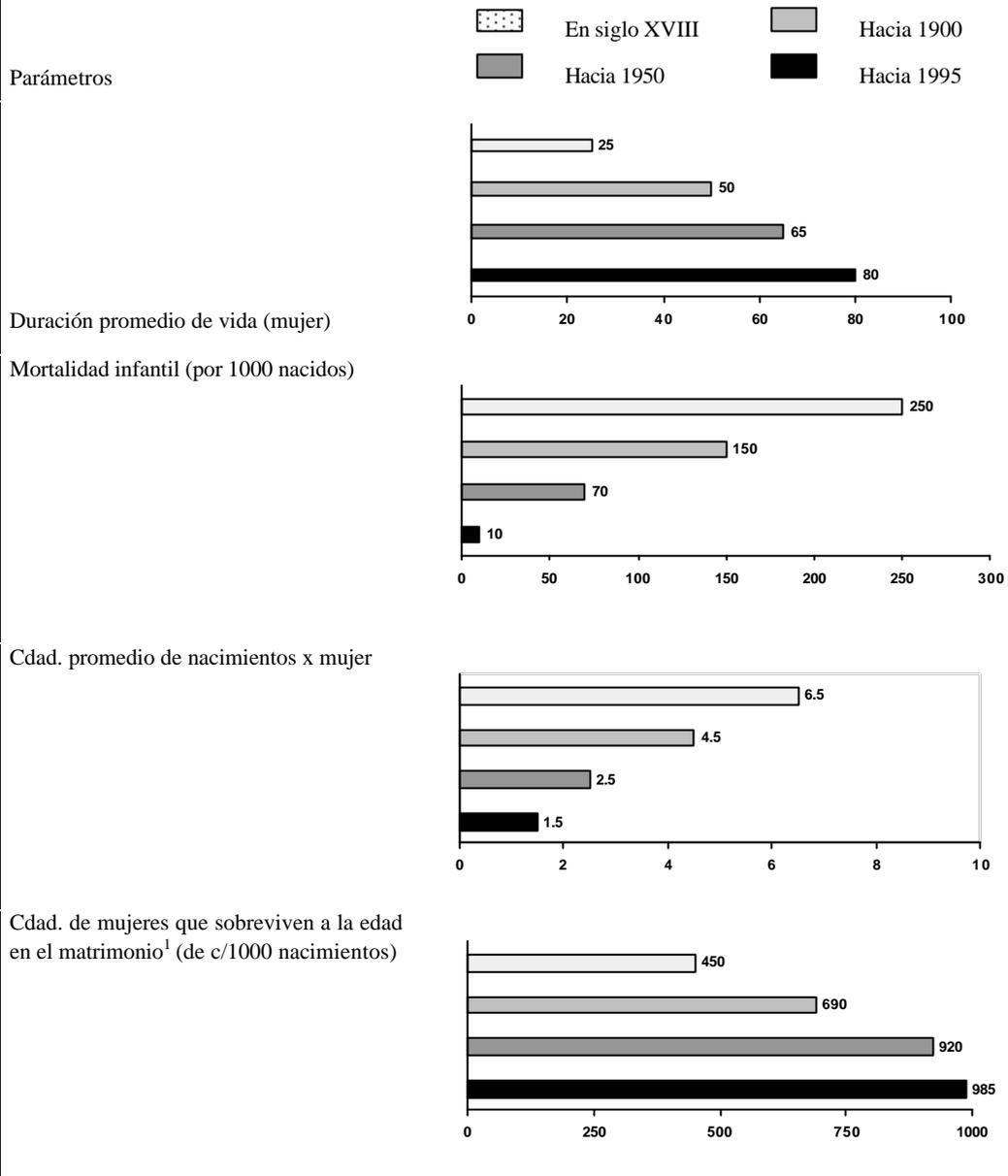
#### CAMBIOS DE RÉGIMEN DEMOGRÁFICO...

En el siglo XVIII, en los regímenes demográficos tradicionales con un alto índice de fecundidad y mortalidad, cada pareja debía producir de 6 a 7 hijos como promedio para asegurar la reproducción social, y la duración promedio de la vida era apenas de 25 años, en ambos sexos, principalmente debido a una mortalidad infantil muy elevada que diezmaba uno de cuatro niños antes de alcanzar su primer año de vida. En estas condiciones, las sociedades estaban seguras de no disminuir numéricamente, y se debe recordar que a escala mundial, sólo se alcanzaron los primeros mil millones de habitantes hacia 1800, aunque la población mundial ya se calculaba en 250 millones en tiempos de Cristo. A finales del siglo XIX, ya se habían realizados grandes avances, logrando hasta duplicar la esperanza promedio de vida, al menos en los países más avanzados de Europa occidental, pero en el siglo XX fue que se asistió a los avances más espectaculares, con una longevidad promedio que iba hasta los 30 años, un récord nunca antes alcanzado a través de toda la historia de la humanidad.

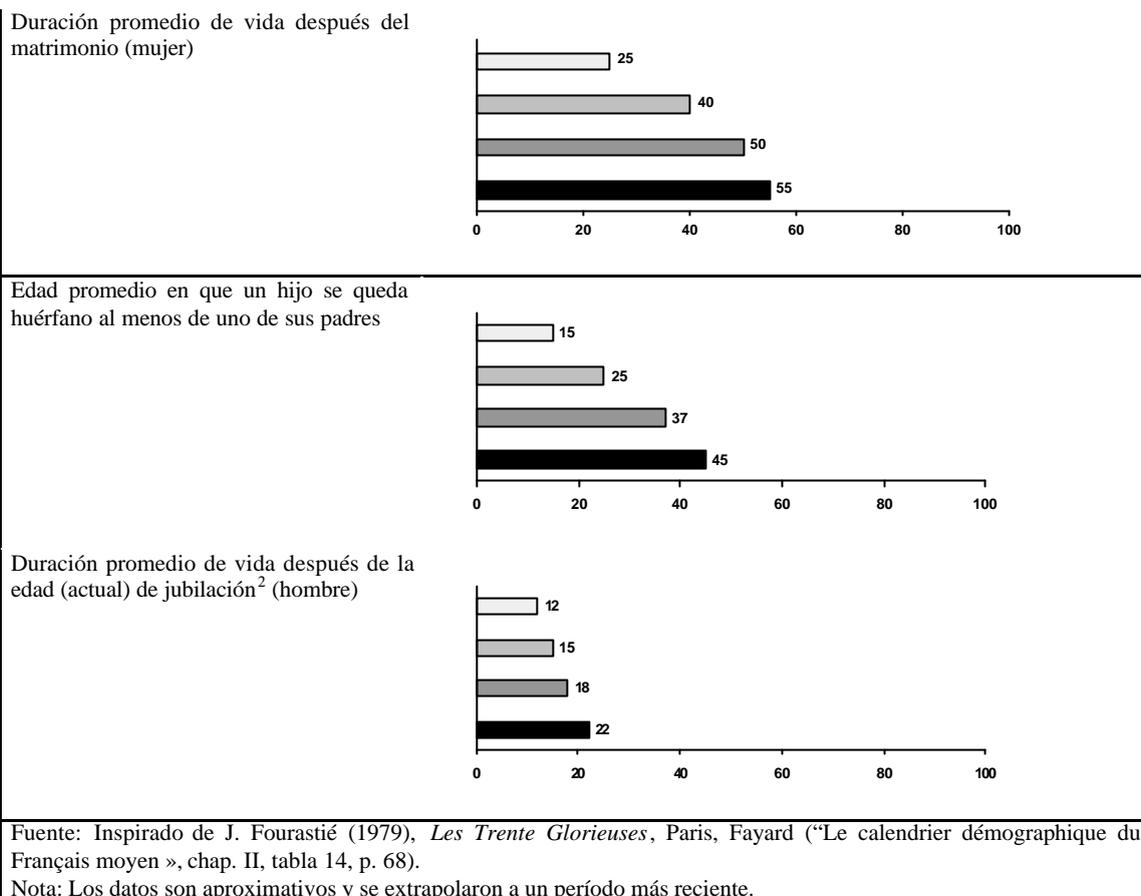
Además, los demógrafos han olvidado quizás con frecuencia el papel decisivo de los cambios ocurridos en cuanto a la mortalidad en el conjunto de mutaciones sociales, haciendo curiosamente énfasis en los cambios de la fecundidad, que la mayoría de las veces sólo eran respuestas de adaptación al descenso de la mortalidad, y no a la inversa, aunque algunas experiencias históricas podían dejarlo entrever, como la de Francia donde la disminución de la fecundidad precedió en varias decenas de años la de la mortalidad.

**FIGURA 1**

Algunos cambios históricos grandes del calendario demográfico del ciudadano occidental promedio.



<sup>1</sup> Alrededor de los 25 años, sin gran cambio en el transcurso del tiempo.



La vida resulta más fascinante que la muerte, como si una y otra no estuvieran indisolublemente unidas, al punto que a veces es irrisorio pretender detectar una dirección causal estricta entre estas dos variables. Probablemente sería más correcto considerarlas como partes integrantes de la compleja madeja de interdependencias entre numerosas dimensiones sociales (tecnológicas, económicas, sociales, políticas, culturales, etc.) y renunciar a querer desenredar el orden causal de éstas.

Como quiera que sea, desde hace unos 40 años, la longevidad ha avanzado aproximadamente unos 15 años más, al menos para las mujeres, que mantienen una ventaja sustancial de 5 a 8 años de sus compañeros masculinos, y ya en muchos países ha superado el tope de los 80 años. La mortalidad infantil ha descendido por debajo del 10%, siete veces menos que en 1950, y la fecundidad ha alcanzado récords históricos de disminución con menos de 1.5 niños por pareja, al punto de no asegurarse el reemplazo de generaciones.

<sup>2</sup> 60 años en muchos países.

Algunos demógrafos pesimistas se divierten a veces al calcular la cantidad de nacimientos evitados, como si se tratara de un juego de monopolio, pero curiosamente ellos calculan con menos frecuencia las muertes evitadas o las vidas salvadas. Sin embargo, precisamente de eso se trata. Durante el Antiguo Régimen, de mil nacimientos apenas 450 personas sobrevivían a la edad promedio en el matrimonio, es decir 25 años, menos de 100 personas habían fallecido a esa edad en 1945 y sólo 15 en 1995. Asimismo, las parejas, que en aquellos tiempos podían esperar sobrevivir como promedio un máximo de 25 años a ese hecho, pueden contar hoy con una vida común más que duplicada en al menos 55 años.

En fin, como último ejemplo de los trastornos que surgen en la vida del ciudadano promedio tenemos que mientras un niño corría el riesgo de quedar huérfano en el siglo XVIII al menos de uno de sus padres a partir de los 15 años de edad, hoy en día ya no lo es antes de alcanzar los 45 ó 50 años, en todo caso 10 años más tarde que en 1945. Asimismo, si la jubilación que alcanzaba un trabajador masculino a la edad de 65 años en 1945 le daba solamente unos diez años de esperanza de vida, actualmente con una jubilación a los 60 años, e incluso con una jubilación cada vez más anticipada a los 55 años, la esperanza de vivir 25 ó 30 años más después de retirarse de la vida profesional ya no es ilógica, pero se convierte en la norma a la que accede la mayoría de los ciudadanos.

... Y SU INCIDENCIA EN LOS MODOS DE VIDA Y DE PENSAR

A través de estas pocas cifras, se descubre, si aún no había un convencimiento, que unos simples cambios de comportamiento en la fecundidad, junto con algunas modificaciones de los regímenes de mortalidad, pueden tener considerables efectos en los individuos y sus modos de vida, pero también pueden modificar profundamente las relaciones que sostienen entre ellos, a través de los cambios de las estructuras por edades de las poblaciones.

Una fecundidad más flexible no sólo libera a las mujeres de las obligaciones hogareñas, sino que les permite también competir con los hombres en el mercado del trabajo, con formaciones más sólidas y una igualdad de tratamiento mayor: resulta que ya el matrimonio no es la institución ineludible a la cual las mujeres no se pueden sustraer por falta de independencia económica, y se pueden desarrollar formas alternativas de la vida común (cohabitación, unión libre...), al mismo tiempo que la institución familiar ve explotar sus estructuras tradicionales en múltiples modalidades muy diferentes y contrastadas. La

*carrera F* (Femmes, Foyers, Famille, Fidélité) \* ya no es la vía obligada del ciclo de vida femenino, y se establecen carreras alternativas, competitivas y más contingentes que se mezclan en el desorden de períodos de soltería, matrimonio, cohabitación, familia monoparental, matrimonio homosexual, etc. Claro que los hombres no escapan a estos trastornos, aunque estas mutaciones no perturban quizás tanto su situación.

En cuanto a la mortalidad, sin embargo, las evoluciones han tenido efectos que, por ser menos visibles, quizás sólo son más profundos. Los tiempos en que las mujeres vieron cómo su mortalidad descendía considerablemente, simplemente porque morían menos de parto, ya están muy lejos. Como los tiempos en que los niños corrían menos riesgo de morir, principalmente porque los intervalos entre embarazos eran menos cortos. Hoy en día en que la muerte ha retrocedido en todos los frentes en los que antes era omnipresente y omnipotente, la angustia que suscitaba se ha detenido parcialmente. La perspectiva de no convivir más con la muerte a cualquier edad y en cualquier circunstancia de la vida ha permitido extender el horizonte cronológico de cada uno y facilitar la planificación individual o los proyectos a largo plazo. Cuando la muerte no está inscrita en el menú diario, se hace posible desarrollar proyectos, concebir planes de carrera, firmar préstamos hipotecarios y abonar en cuentas de ahorro-pensión. La seguridad del presente asegura la perennidad del futuro.

Los demógrafos, más materialistas, dicen solamente que las curvas de mortalidad adoptan forma de rectángulo, es decir que los fallecimientos prácticamente ya no intervienen antes de una edad avanzada. Actualmente, en los países occidentales, el 90% de las mujeres y el 75% de los hombres alcanzan los 65 años de edad, y el 40% y el 20% respectivamente de unos y otros festejan aún su 85° cumpleaños. La inmortalidad sigue siendo un sueño inaccesible, pero la ilusión de la inmortalidad se puede mantener por mucho tiempo.

#### UN ENVEJECIMIENTO INTENSIVO

Sin embargo, los cambios vinculados al retroceso de la mortalidad han tenido consecuencias más importantes probablemente en lo referido a las relaciones entre los grupos de edades. De forma general, se habla de *envejecimiento demográfico*, es decir de la elevación de la edad promedio de una población o mejor aún del crecimiento de la

\* Nota del Traductor: (Mujeres, Hogares, Familia, Fidelidad)

importancia relativa de las personas de la tercera edad en la pirámide de edades, pero incluso, desde un punto de vista estrictamente demográfico, las verdaderas transformaciones estructurales son claramente más complejas y sutiles.

La dicotomía joven-viejo es en efecto demasiado sencilla, y no basta con calcular un coeficiente de envejecimiento (razón de adultos mayores con respecto a los jóvenes) para tener una idea precisa de la alquimia de edades que se forja en la medida que la dinámica demográfica progresa. Actualmente, en los países occidentales, las personas de 60 años y más representan alrededor de una quinta parte de la población total y los jóvenes de menos de 20 años, una cuarta parte. Los adultos (de 20 a 59 años) forman poco más de la mitad de los miembros, es decir el 55% del total, del cual el 30% son adultos jóvenes (de 20 a 39 años) y el 25% restante de los adultos más viejos (de 40 a 59 años).

La edad promedio de la población aumentó al menos 5 años durante la última mitad del siglo, y la mayoría de los coeficientes demográficos de envejecimiento han progresado a ritmos más o menos rápidos según su naturaleza, incluyendo el coeficiente de intensidad del envejecimiento (las personas de 80 años y más en el conjunto de personas de 60 años y más).

En realidad, no sólo se asiste en todas partes a un envejecimiento en el envejecimiento, a saber una progresión más rápida de los ancianos en el seno de una población envejecida, sino también a un preenvejecimiento entre los adultos mayores que aún no se consideran integrantes de la tercera edad, aunque la situación de la marginalización de los trabajadores mayores se ha acrecentado fuertemente durante las dos últimas décadas.

#### MAÑANA, LOS CENTENARIOS

Entre 1950 y 2020, los octogenarios y los de más edad habrán cuadruplicado no sólo su ya importante número, sino que habrán duplicado su peso relativo en el seno de la población adulta mayor, de la cual constituirán a mediano plazo la quinta parte de sus miembros: éste es un ejemplo de lo que los demógrafos llaman a veces el “multiplicador” de los adultos mayores.

Si elevamos aún más el tope de edades y nos aventuramos en el *no men's land* de los centenarios, percibimos que se trata de una población que no había tenido hasta ahora mucha visibilidad demográfica o estadística, pero que comienza a convertirse en una

realidad que sobrepasa el marco anecdótico o la rúbrica periodística de fiestas y conmemoraciones. Francia, por ejemplo, además de tener el récord teórico de longevidad máxima con el caso de Jeanne Calment, que celebró su 120 cumpleaños en febrero de 1995, también puede jactarse de “tener” de aquí en adelante unos 5000 centenarios.

Quizás sólo se trata del inicio de la gran aventura de los centenarios, y si aún no es evidente que todo el mundo puede desde ahora esperar a que llegue esa edad mítica<sup>1</sup>, no es imposible que nuestras estructuras por edades y sexos continúen transformándose en grandes proporciones durante las próximas décadas.

Mientras las perspectivas oficiales de nuestros institutos nacionales o internacionales de estadísticas muestran por lo general mucha timidez para formular hipótesis concernientes a la evolución de la mortalidad, es posible evocar hipótesis más audaces, que no son a pesar de eso inverosímiles o utópicas. De esta manera, dos investigadores de Louvain, J. Duchêne et G. Wunsch (1990), calcularon una tabla de mortalidad llamada “límite” cuya esperanza de vida se acercaba a los 91 años, es decir unos diez años más que los mejores resultados obtenidos actualmente. Aunque no han intentado precisar el momento en que este nivel de longevidad se alcanzará, se puede suponer, en vistas a los progresos realizados durante los últimos treinta años, y en función de las nuevas perspectivas abiertas por la medicina y la biología, que el objetivo de los 90 años se podría alcanzar de aquí a tres o cuatro décadas, a excepción de catástrofes u obstáculos imprevistos.

Ahora bien, con semejante longevidad, las mutaciones estructurales podrían hacerse espectaculares. No sólo la edad promedio de la población pasaría de alrededor de los 38 años (situación actual) a 53 años, es decir una ganancia de 15 años, pero los octogenarios se harían más numerosos en proporción a los sexagenarios actuales, los cuales se volverían a su vez prácticamente mayoritarios (45%), hasta el punto de retener casi para ellos solos la mayoría política absoluta. De cada 100 000 nacidos vivos, 63 000 personas aproximadamente festejarán su nonagésimo aniversario y 12 500 su centenario.

Se entiende pues claramente que los avances de la lucha contra la mortalidad no actúan como catalizadores y que los verdaderos motores del cambio social son las modificaciones de las estructuras demográficas que las transformaciones de la dinámica demográfica

---

<sup>1</sup> Véase por ejemplo Michel Allard (1991), *A la recherche du secret des centenaires*, Paris, Le Cherche Midi Editeur.

inducen. En otras palabras, el mayor desafío que las sociedades que envejecen deben destacar no es solamente el de la longevidad, como si simplemente todos los ciudadanos avanzaran en edad simultáneamente, sino el de la transformación de las condiciones de cohabitación entre las generaciones.

#### DE LAS COHORTES A LAS GENERACIONES

Los sociólogos a veces consideran el concepto de generación como un concepto confuso e imperceptible o en todo caso como una noción tan “polisémica como problemática” (Attias-Donfut et Lapierre, 1994). Los demógrafos tienen la ventaja de salirse fácilmente del asunto hablando de “cohorte”, sinónimo de “generación” que designa al conjunto de personas que nacen “durante un período determinado, generalmente el año civil”. Sin embargo, la dificultad surge cuando se quiere identificar una generación de otra forma que no sea por el año de nacimiento con el fin de darle un contenido más sociológico.

De forma general, se establece una relación entre un “haz de grupos de edades” y hechos que han podido marcar a los individuos que los componen en un momento u otro de su ciclo de vida o modos de existencia o de representación que pudieron adoptar en común. Desafortunadamente, lo que puede parecer simple en teoría se muestra a veces muy complejo en la práctica, porque un solo evento o una sola condición, o más bien una sucesión de eventos o condiciones, designa en contadas ocasiones una generación; además, estos mismos eventos o estas mismas condiciones no son por lo general el hecho de una sola generación, o de un solo haz de generaciones, sino del conjunto de todas las generaciones que constituyen una sociedad y que han experimentado simplemente estos hechos o estas condiciones a diferentes edades.

De esta manera es que se puede hablar una y otra vez de las generaciones del baby-boom, de la televisión, de la píldora anticonceptiva, de la guerra de Viet Nam, de la computadora familiar, de los quincuagenarios inoxidables, de la ecología, etc., reconociendo que se trata sobre todo de etiquetas que a veces revelan estrategias publicitarias y que constituyen solamente cómodas referencias cronológicas que se asemejan a intentos de bloquear el curso de la Historia haciendo tantas paradas instantáneas en el tiempo.

Además, a veces, los miembros de una generación no tienen conciencia de pertenecer a ésta: de esta manera, a los que llaman los niños del “baby-boom” sólo tienen en común al

inicio el haber nacido durante un período de reanudación de la fecundidad (entre 1945 y 1965), y sin embargo, esta común situación que los especialistas sólo reconocieron años después de su aparición no los sensibiliza. En cambio, es posible que a las puertas del siglo XXI las generaciones “llenas” de baby-boom, que han tomado conciencia de los peligros que pesan en el financiamiento de sus jubilaciones debido a la reducción de las clases activas que conforman las generaciones “vacías” de después de 1965, deciden organizarse más en movimientos de reivindicación social y presión política. De manera tal que el factor que dio lugar a la unidad de la generación no es propiamente hablando el evento-fuente (el “baby-boom”), sino la evolución social que ha dirigido desde hace varios años los proyectores de la actualidad hacia el sector de la seguridad social.

Sin embargo, con ese mismo ejemplo, no es fútil observar que las generaciones del “baby-boom” son también en gran medida las generaciones de mayo del 68 que provocaron y vivieron, dos décadas más tarde, una situación revolucionaria haciendo cancelar el poder establecido, en nombre del replanteamiento de una sociedad capitalista de consumo y conformismo. Los bebés malcriados de la posguerra, que se transformaron en constructores de barricadas en 1968 y que luego a los cuarenta renunciaron a sus prerrogativas convirtiéndose en agregados de gabinetes ministeriales, en los *golden boys* de las finanzas internacionales o en agentes inmobiliarios, reencontrarán quizás su sentido revolucionario actualmente muy obtuso alrededor de los años 2000 y 2010, cuando accedan a la jubilación y tomen conciencia que la sociedad que combatieron al inicio y de la que luego sacaron ampliamente provecho corre el riesgo de volverse contra ellos negándoles los logros sociales a los cuales creyeron poder recurrir legítimamente durante su vida activa.

También se observa que algunas generaciones pueden haber conocido en realidad circunstancias que han marcado profundamente su comportamiento y forjado sus modelos culturales durante largos períodos desde su aparición. Por ejemplo, las muchachas que fueron las primeras representantes del sexo femenino en poder acceder a la píldora anticonceptiva, a partir de los años 70, pudieron adoptar comportamientos de fecundidad totalmente diferentes de los de sus madres, con una seguridad de práctica que les permitió modificar considerablemente sus relaciones con la sexualidad y el matrimonio: es probable que sin la difusión de la contracepción oral la emancipación de las mujeres hubiera sido menos rápida, que la institución del matrimonio hubiera conservado una estabilidad mayor

sin mutar tan fácilmente en formas no tradicionales como la unión libre, que el celibato prolongado de las niñas no hubiera encontrado tanto éxito y que el índice de divorcios no hubiera experimentado un aumento tan sorprendente. Sin embargo, estos cambios sólo se han podido establecer porque generaciones posteriores de mujeres han venido a reforzar el movimiento iniciado por sus mayores, aunque su combate ya no tiene el mismo alcance social ni la misma intensidad colectiva.

#### HACIA UNA SOCIEDAD MULTIGENERACIONAL

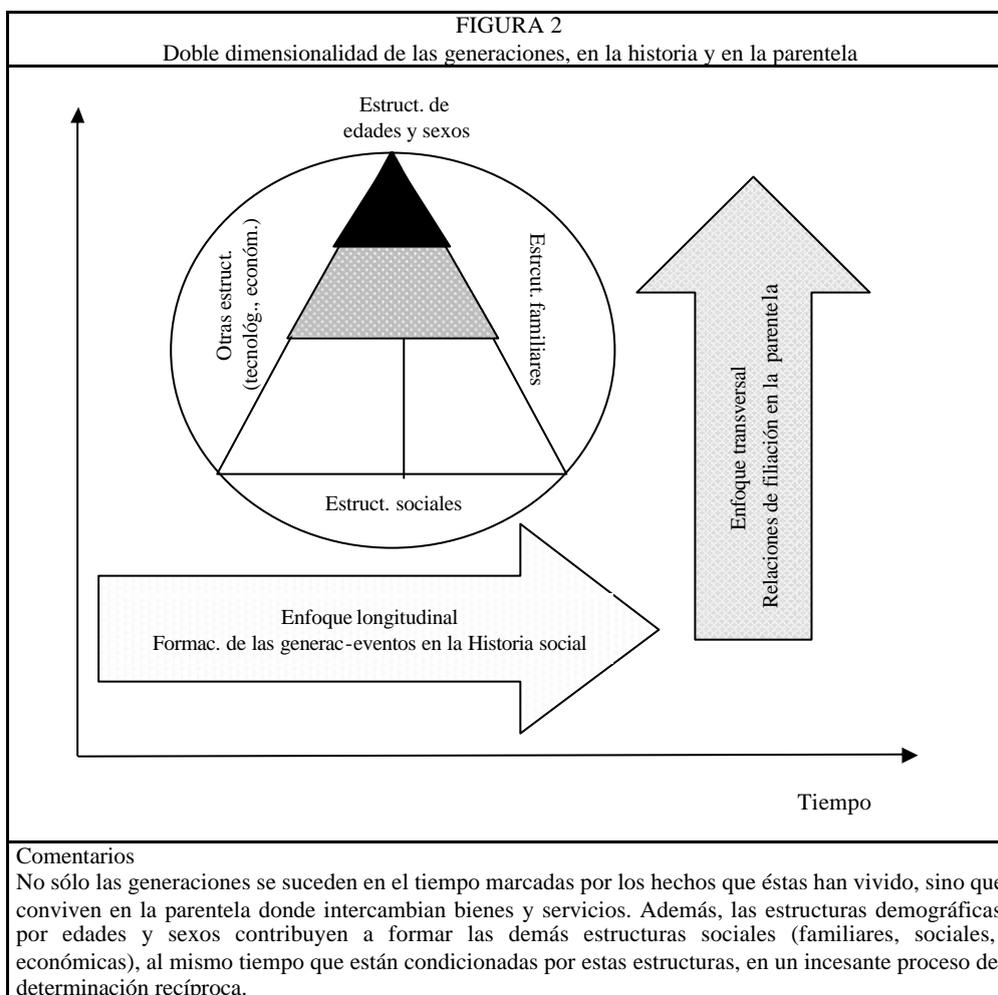
Dicho de otra forma, la estratificación de las edades no se puede asimilar con una simple superposición de generaciones que se identificarían por su fecha de nacimiento. Sin dudas, las cosas serían infinitamente más sencillas para el sociólogo si fuera realmente así y si, además, la escala de edades presentara una correspondencia estricta con la escala de valores, la de las actitudes o la de los status. Pero afortunadamente por su autonomía y sus capacidades de autodeterminación, el hombre no es una simple “máquina trivial”, según la expresión de E. Morin, y las generaciones no son vagones de un tren que se engancharían unos a otros en un proceso de desplazamiento temporal que se llamaría Historia.

Toda sociedad es necesariamente *multigeneracional*, pero sobre todo está hecha de crecimiento, intersección y penetración de las generaciones, y no de su simple hacinamiento. El que un acontecimiento marque a una generación es sólo una “construcción retrospectiva y selectiva” (Attias-Donfut y Lapierre, 1994, p. 7) y por tanto un artefacto individual que puede convertirse peligrosamente en un reductor si no se manipula con precaución.

Además, la *visión horizontal* de las generaciones sucesivas que conforman la trama de la evolución histórica de las sociedades no sería correcta si no se completara con una *perspectiva vertical* que relacione las generaciones mediante nexos de filiación en el seno de la familia y la parentela. La trama generacional de una sociedad es pues necesariamente doble, horizontal y vertical a la vez o longitudinal y transversal, para retomar la terminología que utilizan los demógrafos (véase la figura 2).

Pero en la actualidad lo que hace la situación más compleja es el hecho que la evolución social reciente se ha acelerado y amplificado mucho en una dimensión generacional horizontal y vertical a la vez. En otras palabras, nuestras sociedades son más

multigeneracionales que nunca, y sin dudas no es demasiado afirmar que esta acentuación de su carácter multigeneracional constituirá uno de los problemas más importantes que éstas deberán resolver en décadas y años futuros.



Lo que se ha convenido en llamar, la aceleración de la Historia, ha provocado la aparición cada vez más rápida de numerosas generaciones y acontecimientos diferentes. Cuando Augustin Cournot (1872) podía intentar hacer en el siglo XIX una lectura de la historia de los Tiempos Modernos al organizar un corte secular en tres segmentos generacionales colocados uno detrás de otro, en la actualidad la base de la progresión generacional corre el riesgo incluso de no ser ya el decenio, sino a veces el período quinquenal o duraciones más cortas aún, como el año, los hechos importantes se arremolinan tanto a las puertas de la

actualidad que cada grupo generacional puede decidirse a exteriorizarlos o adoptarlos como referencias o marcadores de identificación social.

Las generaciones “juke box” o “Beatles” se han podido insertar en numerosas cohortes de edades, pero en nuestros días, para poner el ejemplo relevante de la informática, campo de cambio por excelencia, la generación “Apple” corre el riesgo de no identificarse con la generación “Commodore” o “Sinclair” y los recién llegados de los multimedia en Pentium o PowerPC apenas se sienten próximos a los pioneros de las computadoras personales 886.

#### UNA COHABITACIÓN DE EDADES

Sin embargo, la evolución más espectacular y menos cuestionable se produce sin duda en dimensión vertical, debido a la profunda revolución epidemiológica que ha hecho coexistir en el mismo espacio temporal “generaciones familiares” que en otros tiempos sólo compartirían cortos períodos de vida común. Se sabe, las condiciones actuales de longevidad permiten la presencia simultánea en algunas familias de cuatro o cinco generaciones con filiación directa, y aunque los períodos de vida realmente compartidos no son necesariamente más largos que antes para nosotros, la naturaleza de las relaciones entre los miembros de la parentela está llamada a cambiar considerablemente: “una confraternidad de mayor duración favorece las influencias recíprocas, transforma las maneras y redefiniciones mutuas, acentúa las relaciones de competencia o cooperación según el caso, modifica en las diversas etapas del transcurso de la vida, la configuración de las posturas vinculadas a la separación, a la distribución del poder, a la retención y a la distribución de los bienes económicos y simbólicos” (Attias-Donfut et Pierre, 1994, p.9).

De esta manera, para un retirado que tendría en la actualidad 55 años, la perspectiva de vivir 20 ó 30 años más, aparte de las obligaciones del trabajo, en una óptica de tiempo libre, constituye una verdadera revolución en la gestión del ciclo de vida que contrasta con la situación que prevalecía aún en años de la posguerra, donde la jubilación era solamente la antecámara de la muerte y sólo se le adelantaba un poco.

Hasta esa edad, sólo ha presenciado la muerte de cerca en ocasión del fallecimiento de sus abuelos, ocurrido durante su adolescencia o incluso probablemente durante su edad adulta, aparte de que tanto uno como otro pudo haber estado aún con vida, en particular si se casaron jóvenes y procrearon rápidamente después del matrimonio. Como quiera que sea,

tiene grandes posibilidades de tener aún muchos de sus padres o suegros vivos, y probablemente sólo será huérfano del todo cuando haya dejado muchos años atrás su vida profesional. Consecuencia concreta: en la actualidad, dos generaciones de jubilados con una relación filial están llamadas a convivir, a cohabitar y a cuidarse mutuamente. Consecuencia anexa: si los hijos están casi seguros de conservar a sus padres hasta una edad tan avanzada, a veces deben decidir también a no heredar a sus progenitores antes de estar retirados ellos también en un momento en que sus necesidades financieras son sin duda menores y sus proyectos de inversión (mobiliarios e inmobiliarios) algo reducidos.

#### NEGACIÓN DE LA MUERTE, NEGACIÓN DE LA VEJEZ

Aunque el discurso sobre la muerte ha cambiado: al haberse sacado de una gran parte de la vida, se niega, o en todo caso, se desensibiliza al remitirse hacia instituciones especializadas: hospitales geriátricos, espacios funerarios, etc..., cuya función es hacerla más soportable a los vivos. Porque, al debilitarse y retroceder, la muerte también puede hacerse más cercana y angustiante. Ante la cercanía de la jubilación o de la vejez, “el horizonte temporal de la muerte se impone ante el individuo” que se enfrenta a la posibilidad de ver morir a sus ascendientes en el mismo momento en que “debe afrontar los primeros signos de vejez, en su trabajo, su familia o con respecto a su apariencia física” (Gognalons-Nicolet, 1989, pp. 56-57).

El reverso de la medalla de la creciente longevidad es a veces tener que soportar la muerte de sus ascendientes, lo que es relativamente normal, pero también la de sus descendientes y de todo su entorno, directo o lejano, lo que le es menos. La decana del mundo, Jeanne Calment, a la altura de sus 120 años, no sólo perdió rápidamente a su cónyuge, a su única hija y a su nieto, sino que sobrevivió a setecientos mil millones de seres humanos que poblaban la tierra en el momento de su nacimiento y a otros miles de millones de hombres y mujeres que nacieron y murieron entretanto.

Como a veces se ha destacado, la negación de la muerte está acompañada a veces de la negación de la vejez que puede explicar cierta tendencia a la marginalización de los adultos mayores que se convierten cada día que pasa en una población con una baja mortalidad, poseedora exclusiva de la muerte, casi ausente entre las clases de edades más jóvenes: para

conjurar el mayor tiempo posible la idea misma de la muerte, hay que tomar distancia de todo lo que nos la recuerda, principalmente de los ancianos.

#### DE LAS MUJERES OBJETO A LAS MUJERES ATLAS

Última observación: el hombre contemporáneo de la “madurescencia” ha engendrado uno o dos hijos que ya tienen edad suficiente como para estar casados y haber tenido sus primeros hijos, de manera que puede ser abuelo a los cincuenta, e incluso a veces, a los sesenta cumplidos, bisabuelo si su descendencia se ha reproducido relativamente pronto.

Las posibilidades de ver nacer a sus nietos o bisnietos son además mucho más grandes si el sujeto seleccionado es una mujer, porque ésta goza con respecto a su cónyuge de una ventaja sustancial en términos de longevidad: de 5 a 8 años más según el país, debido a la excesiva mortalidad masculina, ya que los factores, como por ejemplo, la duración de la vida principalmente, pero también la edad en el matrimonio y el calendario de fecundidad, influyen directamente en la constitución de las familias con múltiples generaciones.

Para la mujer casada, con nietos y que tiene aún vivos a sus padres o suegros, las obligaciones se vuelven a veces muy pesadas además, porque es solicitada por la parte baja y también por la parte alta de la escala de edades y se transforma literalmente en la mujer “Atlas”, obligada a soportar y mantener a la vez a sus descendientes y a sus ascendientes, papel que no es lógicamente del gusto de todas las asociaciones feministas que encuentran que sus miembros corren el riesgo de ser una vez más víctimas de un sistema y rehenes familiares de las generaciones.

#### MANEJAR LA DIVERSIDAD

Una de las grandes características de nuestro tiempo es también el hecho que el flujo de generaciones se ha acelerado y que, bajo la apariencia de una homogeneización de comportamientos (por ejemplo, la desaparición de las familias numerosas y la concentración de descendencias alrededor de un modelo de uno o dos hijos), se asiste a una diversificación creciente de situaciones y condiciones de vida de los miembros de diversas generaciones. Por ejemplo, mientras que algunos individuos aspiran a más placeres, viajes o responsabilidades individuales, otros se refugian en el trabajo enconado o reclaman la protección del Estado-Providencia. Acaso hay que ver en esto una posibilidad de

desestructuración de nuestras sociedades que, como están compuestas de segmentos sociales animados de intenciones y necesidades muy diferentes, corren el riesgo de hacerse cada vez más difíciles de manejar. Ahora bien, a veces las políticas que adoptan los gobiernos, ya sean sociales, económicas, sanitarias o culturales, son uniformes y no tienen en cuenta las diferencias y desigualdades entre las diferentes capas de la población.

La pregunta que surge con cierta acuidad es pues saber si el ritmo de aplicación de medidas de adaptación social será suficiente para absorber el flujo generacional y hacer frente a la complicación de las estructuras colectivas. Dicho de otro modo, lo que debería ser fuente de progreso y razón de satisfacción podría transformarse en una causa de desestabilización, de desorden o de caos social.

#### REJUVENECIMIENTO DE LOS VIEJOS

En efecto, no hay ninguna duda que el envejecimiento demográfico viene acompañado ahora de una fuerte renovación de la naturaleza y de las características de los adultos mayores, y no sólo de su crecimiento numérico. Comparados con los ancianos de antes, los adultos mayores de hoy están dotados, por regla general, de una mejor formación y un status social más elevados, disfrutan de un poder adquisitivo y un estado de salud superiores. Esta positiva transformación es la que tranquiliza en cuanto a las consecuencias del aumento de la potencia de la tercera edad, descrita por algunos detractores del envejecimiento como catastrófica porque tienden a naturalizar la edad y a petrificar a los adultos mayores en beneficios antiguos considerados sin razón como constantes.

Ahora bien, paradójicamente, el grupo más envejecido de la pirámide de edades es probablemente aquel cuya dinámica evolutiva es en la actualidad la más fuerte y rápida, ya que ningún otro grupo de edad presenta por el momento características tan cambiantes. No obstante, hay que reconocer que el mejoramiento general de numerosas condiciones, de salud, de educación, de nivel económico, de status social, etc., para las personas mayores, va emparejado con el aumento de las diferencias y desigualdades entre estas personas, que la crisis de los años 80 y 90 se ha acentuado, mientras que a veces se habían erradicado fuertemente durante las décadas anteriores. No basta pues con tener en cuenta las modificaciones de los niveles medios de los principales indicadores, porque también hay que atraer la atención sobre las dispersiones y disparidades que están llamadas a

desempeñar un papel cada vez más importante en la comprensión de nuestras sociedades y en la toma de decisiones políticas.

#### SE BUSCA UN PROSPECTIVISTA

Pero si se quiere captar correctamente las consecuencias de los cambios de las estructuras de la población, principalmente por edades y sexos, también hay que lograr anticiparse a cierta cantidad de evoluciones que no todas son previsibles.

Algunas consecuencias son relativamente fáciles de identificar porque son casi mecánicas, otras en cambio no lo son tanto, porque cortan radicalmente con nuestras representaciones actuales. De esta forma, es bastante evidente que el cambio de estructuras socio-profesionales tendrá repercusiones directas en el descenso de la mortalidad. Algunas categorías profesionales con morbilidad y mortalidad elevadas como los peones, los mineros, los metalúrgicos, etc., están desapareciendo en provecho de los profesionales de cuello blanco (técnicos, comerciantes, empleados de oficina, etc.) cuyas condiciones de trabajo son mucho más favorables y la morbilidad claramente más baja: resultado, su peso en la construcción del índice sintético de mortalidad se acrecienta y el parámetro promedio se eleva, sin que sea necesario invocar nuevas avanzadas en la lucha contra la mortalidad.

En cambio, en el mismo campo de los cambios sociales, el hecho que los jubilados de hoy, en su gran mayoría, se convierten cada vez más en viejos asalariados, mientras que contaban en sus filas no hace tanto tiempo con grandes efectivos independientes (los antiguos artesanos, los pequeños comerciantes o los agricultores), corre el riesgo de tener incidencias inesperadas en la transmisión patrimonial, incluso en el reconocimiento de una importancia creciente en el patrimonio cultural con respecto al patrimonio económico.

Y el hecho adicional de la feminización, no sólo de la población total, sino también de la población activa, mediante la asalarización masiva del trabajo femenino, podrá contribuir a modificar considerablemente las imágenes y las responsabilidades del trabajo, la jubilación, la vida social y la vida económica.

A veces, en nuestras legislaciones sociales o económicas, las consecuencias de una revolución diferencial de edades y sexos no se han tomado realmente en consideración. De esta forma, no hace mucho tiempo las mujeres se beneficiaban más, en algunos países (entre ellos Bélgica), de la reducción de la edad para la jubilación legal que los hombres

(por ejemplo, 60 años frente a 65 años), a pesar del innegable excedente de longevidad con el cual la naturaleza los ha gratificado, lo que se podía interpretar como una injusticia social, sobre todo para aquellos que son aficionados a definir la jubilación como la edad más allá de la cual la esperanza de vida restante sólo es  $x$  años (por ejemplo, 10 años): hoy, las edades de la jubilación legal se ha uniformizado para hombres y mujeres, pero nadie osaría proponer probablemente un aumento unilateral en contra de las mujeres para restablecer socialmente un equilibrio biológico que algunos consideran desigual. Se haría, además, se crearía solamente una ilusión de justicia sin resolver los problemas más esenciales de la desigualdad entre los sexos, pues se aumentaría un poco más las cargas ya de por sí pesadas que recaen sobre la comunidad femenina, debido a la multiplicidad de sus funciones (amas de casa y nodrizas, asistentes de reproducción social, educadoras de niños, trabajadoras y responsables del cuidado de padres ancianos), manteniéndolas por mucho más tiempo en actividad.

#### FECUNDIDAD Y MENOPAUSIA

Pero habría modo de imaginar consecuencias más perturbadoras aún del cambio demográfico. Por ejemplo, si se hace la hipótesis de un progreso sustancial de la longevidad promedio, no sólo hasta los 90 años, sino más aún, como el biólogo norteamericano Walford (1984) no dudó en proponer, con una longevidad promedio de 120 años, todos los ciclos de vida se trastornarían probablemente, no sólo por una simple extensión de la fase de envejecimiento propiamente dicha, como los espíritus tristes disfrutaban soportándolo, sino más bien por la prolongación sustancial de la edad adulta. También se podría producir transformaciones del ciclo biológico, naturalmente o por medio de las intervenciones voluntarias, y la edad de la menopausia podría retardarse, como sucede con los casos aún poco frecuentes de concepción médicamente asistida más allá de los 60 años, de los cuales se conoce ya algunos ejemplos en todo el mundo. Consecuencia inesperada, y propiamente escandalosa para aquellos que se refieren a una ética inmutable, las mujeres tendrían la opción de organizar su vida reproductiva por un período más largo, digamos 40 ó 50 años, en lugar de 20 ó 25 años como es habitual. Resulta que el conflicto latente entre las obligaciones de la vida profesional y de la vida familiar se atenuarían mucho, ya que sería posible disociarlos en el tiempo: por ejemplo una vida profesional breve de unos 20 años, a

finales de los estudios, teniendo en cuenta la reducción de la cantidad general de trabajo disponible colectivamente, y una vida familiar orientada hacia la reproducción, más allá, entre 45 y 65 ó 70 años.

El horror que podría suscitar semejante argumento en algunas feministas puras y duras o en los defensores de una concepción tradicional del ciclo de vida no estaría quizás justificado, porque la evolución demográfica o social atacaría vivamente la idea de traer hijos al mundo mientras seamos padres ya viejos incapaces de comprender la mentalidad de los jóvenes, o peor, en riesgo de crear huérfanos precoces: a los 60 años, una mujer podría esperar vivir aún unos treinta años en plenitud de sus capacidades físicas y mentales y sus hijos sólo llevarían luto medio siglo después, cuando ellos mismos fueran ya adultos desde hacía mucho tiempo.

Utopías, quizás, pero que corren el riesgo de convertirse en realidades del mañana y ante las cuales debemos prepararnos sin descartar ninguna eventualidad, aún cuando por el momento parezca relativamente imposible: el futuro sólo es la materialización de un futuro entre una multitud de futuros potenciales, y el que se realice no será forzosamente ni lo más plausible ni lo más competitivo.

#### CONCEBIR LAS SOCIEDADES COMO SISTEMAS COMPLEJOS

En cambio, a pesar de la indeterminación creciente (que contrasta con el determinismo que imperaba aún en las ciencias sociales hace algunas décadas), hay que reconocer que la mayoría de las veces las evoluciones sociales son muy coherentes, por no ser necesariamente armoniosas o radiantes, y que por lo general se integran o son congruentes en sus diferentes componentes. En particular, los cambios que intervienen en la esfera de la demografía no se debe ver nunca como casualidades o accidentes, porque están en contacto directo con las demás transformaciones colectivas, tanto al nivel de las tecnologías como en materia de producción económica, organización familiar y social o de vida política y cultural.

Sin una *visión global y sistemática* de nuestras sociedades, corremos el gran riesgo de no comprender el significado de sus mutaciones y de confundir las corrientes pesadas, probablemente ineludibles, y las tendencias contingentes, que por lo general definen las

márgenes de intervención en el interior de las cuales se pueden decidir las acciones políticas.

La mayor parte del tiempo, es inútil querer discernir las causas de las consecuencias, ya que están enredadas en la compleja madeja de las interdependencias recíprocas. La longevidad no habría progresado nunca como lo hizo durante los siglos XIX y XX si no hubieran intervenido los avances médicos y de salud, pero sobre todo si la productividad del trabajo no hubiera aumentado y si muchas tareas manuales no se hubieran hecho progresivamente menos penosas con el acicate de los avances técnicos. Resultados: la duración del trabajo pudo reducirse de esta forma y aprobarse legislaciones sociales en el sentido de una protección creciente de los trabajadores (descanso semanal, vacaciones pagadas, etc.).

De esta forma, el tiempo libre para las distracciones ha avanzado considerablemente al mismo tiempo que el capital de vida, preparando el aumento de los retirados y el acceso progresivo a la *era de la senectud*, que condiciona también la entrada en la *civilización de las distracciones*, y el advenimiento de las sociedades post-industriales, de tipo “sociedades programadas” (Touraine, 1992) o comunicacionales. Ni una sola de estas evoluciones se concibe sino participan las demás y viceversa.

#### LA IGUALDAD INTERGENERACIONAL: UN CONCEPTO PELIGROSO

Pero las relaciones no tienen nunca un solo sentido, y si lo económico ha contribuido a forjar lo social o lo demográfico, éstos han tenido a su vez repercusiones en lo económico. Las mismas sociedades que han logrado elevar el nivel de vida de sus poblaciones y que han establecido sistemas de seguridad social haciendo emerger una nueva categoría, la de los jubilados, también han creado las condiciones para la aparición de problemas inéditos vinculados a la presencia de las personas mayores cada vez más numerosas y que tienen necesidades y aspiraciones que han cambiado radicalmente. La cuestión que se evoca con más frecuencia es la del financiamiento de la seguridad social, a la cual se asocia cada vez más teorías sobre la *igualdad intergeneracional*. Más allá de las dificultades de mantener los equilibrios presupuestarios a los cuales la mayoría de los estados modernos se han enfrentado en nuestros días, como consecuencia de la persistencia de la crisis, el riesgo que se evoca con mayor frecuencia es el “de ver cómo algunas generaciones acaparan las transferencias sociales en detrimento de otras” (J.-C. Chesnais, 1989, p. 155). Dicho de otro

modo, algunos autores consideran que los decisores tienden a olvidar la solidaridad intergeneracional en detrimento de las únicas solidaridades verticales y horizontales.

Ahora bien, a pesar del discurso persistente sobre la riqueza de los viejos que contrasta con la pobreza de los jóvenes, nada prueba que esta situación sea realmente anormal o que se deba a una injusta distribución del beneficio colectivo. Si los jubilados son en la actualidad, como promedio, más pudientes que los viejos de antaño, en parte se debe a la relativa generosidad de los sistemas de pensiones que les garantizan a los mayores niveles de vida más o menos decentes, pero también se debe a las condiciones coyunturales favorables de las que se benefician durante sus carreras profesionales marcadas por el crecimiento económico de la posguerra. En cambio, la relativa pobreza de los jóvenes tiende más bien al desempleo y a la exclusión de las cuales son víctimas desde que la gran crisis de los años 80 y 90 castiga duramente. Pero ver en esta conjunción de circunstancias un diseño diabólico concebido por los mayores para desviar los recursos que estarían destinados con mayor utilidad a sustentar los esfuerzos de las generaciones que “están a cargo de la renovación de la sociedad asegurando la sustitución de las generaciones” no sólo sería una acusación bastante mal fundada, sino al mismo tiempo un flagrante error de juicio.

El error que no se debería cometer sería principalmente creer que basta con extraer mediante impuestos o contribuciones especiales una parte del “excedente” de los mayores para transferirlo a los jóvenes en dificultades y restablecer de este modo la igualdad intergeneracional comprometida. Ya que, en realidad, al empobrecer a los retirados, se les impediría simplemente desempeñar su papel de re-dinamizadores de nuestras economías en crisis que están llamadas probablemente a mantener, principalmente a través de un apoyo a solicitud de bienes y servicios de alto valor agregado, en las esferas de las distracciones, la salud y la educación, que son los sectores más representativos de las “sociedades programadas” que se establecen ante nuestros ojos. Sin contar además con la acentuación de las desigualdades entre los retirados, que a veces son más fuertes que las que están entre las capas activas de la población y enmascara a veces esta pseudo-riqueza de una minoría de ancianos favorecidos.

Hay que desenterrar los razonamientos mecanicistas en provecho de las concepciones menos simplistas y más complejas del funcionamiento social, pero desafortunadamente,

estos son los que se invocan con más frecuencia para justificar las discutibles elecciones políticas.

#### UNA SOLA CONSIGNA: SOLIDARIDAD

Sin dudas, el envejecimiento de las estructuras por edades en los países desarrollados no está exento de dificultades y no todos los mayores son ancianos con plena salud, llenos de proyectos innovadores y pensamientos generosos: ellos son simple y llanamente lo que son, con sus potencialidades y recursos (considerables), así como con sus debilidades y carencias (reales).

En cambio, la negación pura y simple de la vejez ya no es una estrategia defendible, y hoy en día nadie puede pretender ahorrar razonablemente una reflexión con profundidad sobre la renovación de las generaciones de las personas mayores y generalmente sobre la necesaria reconstrucción de las relaciones sociales que implica el cambio de relaciones de las edades y los sexos.

Probablemente las generaciones estuvieron más disociadas y separadas durante la fase del éxodo rural que acompañó el auge industrial del siglo pasado y de inicios de éste como no lo están ahora en los albores de la tercera revolución tecnológica y en este período de envejecimiento acelerado. Sin dudas, la crisis ha favorecido cierto acercamiento de los padres y de los hijos, menos propensos a dejar el nido familiar en el momento en que asegurar su autonomía financiera ya no es una simple cuestión de voluntad personal. Pero hay que ver también en esto una consecuencia del alargamiento de la parentela y de la toma de conciencia de una necesaria interdependencia de las generaciones llamadas a apoyarse y a mantenerse mutuamente.

En las familias, ese sentimiento está ya muy presente, ya que pocas personas mayores se dicen, en las encuestas de opinión, totalmente alejadas del resto de su familia o experimentar regularmente un sentimiento de soledad; se asiste incluso a veces al surgimiento de nuevas formas de *unidades familiares multigeneracionales*, donde los hijos mayores, cuando acceden a la jubilación, vuelven a crear lazos familiares de cohabitación directa con sus padres que ya están jubilados desde hace tiempo y que hasta entonces han vivido solos o en un asilo, lo que podría dejar presagiar la reaparición de modelos de vida familiar que se creían pertenecer definitivamente al pasado.

En cambio, en las firmas o en las empresas, el clima sigue siendo más conflictivo y los trabajadores viejos son aún objeto de medidas discriminatorias de exclusión precoz del mercado del trabajo cuyo resultado final es por lo general la acentuación del envejecimiento social, transformando en desempleados o en jubilados por anticipación a los asalariados que no han perdido nada de su competencia o sus calificaciones. Está claro pues que las dominantes lógicas de las empresas (de beneficio y productividad) corren el riesgo de entrar en conflicto con las necesidades del desarrollo social y de la *integración de las generaciones*, en sociedades donde es importante que cada uno conserve un papel o un status reconocido y valorado, bajo pena de ir a engrosar las filas de los inadaptados, de los excluidos y de los enfermos.

Y si estos conflictos no encuentran rápidamente algún procedimiento de conciliación, corren el riesgo de propagarse al conjunto de la vida social y política, estimulando la creación de asociaciones, sindicatos o partidos que tendrán la preocupación principal de defender los intereses corporativos de los jubilados. Ahora bien, si es importante que los mayores se agrupen para dar a conocer sus necesidades y posiciones, sería lamentable que se organizaran primero en movimientos de oposición a otras generaciones, dándole así la razón a los que anuncian desde hace tiempo una eventual “guerra de generaciones” o una toma de poder gerontocrático, justificada por el paso de la mayoría política al grupo de los quincuagenarios y más.

#### EL GRAN DESAFÍO: ADAPTARSE O DESAPARECER

La regla es simple, aunque su aplicación choca contra innumerables dificultades y obstáculos múltiples, a la vez institucionales, jurídicos, administrativos, políticos, culturales, etc.: todo lo que estimule el diálogo y las relaciones entre las generaciones favorece el progreso de las sociedades envejecidas; todo lo que, por el contrario, fortalecerá la competencia, el egoísmo, o incluso la lucha abierta se convertirá en un factor de desestabilización y desorden. La solidaridad intergeneracional no es sólo un concepto seductor del espíritu o una bella idea generosa, sino una necesidad absoluta del tiempo de la senectud.

Finalmente, la última cuestión no es además ni nueva, ni propia de las sociedades envejecidas: es ésta, la eterna, la de una *distribución equilibrada y equitativa del producto*

*colectivo* entre todos los ciudadanos. La novedad, en cambio, insiste en que esta distribución ya no debe hacerse únicamente entre las clases o categorías sociales, sino también entre las generaciones (como entre las naciones) y que el principal criterio de distribución ya no es únicamente el trabajo, cuya calidad global disminuye y cuya función productiva se limita, sino otra clave que se debe descubrir, teniendo muy en cuenta las mutaciones de las estructuras demográficas y sociales, y sus interacciones con las demás estructuras económicas o tecnológicas.

La tarea es delicada y la puerta de entrada a la era de la senectud estrecha, pero es la condición para no perder una gran parte de los beneficios acumulados durante dos siglos de industrialización, a veces tan salvaje y pesada además en sacrificios humanos. Es ese proceso complejo de adaptación a la nueva situación demográfica de los países occidentales que hemos llamado en otros momentos la “revolución gris” (Loriaux, et al., 1990), y cuyo éxito o fracaso decidirá lo que será en un futuro: un verdadero progreso de la civilización o una verdadera catástrofe colectiva. La opción es sin dudas posible aún, pero la cuenta regresiva ha comenzado ya. ¿La imaginación, la inteligencia y la valentía necesarias tendrán cita en el tercer milenio?

#### BIBLIOGRAFÍA<sup>2</sup>

- ALLARD, Michel (1991), *A la recherche du secret des centenaires*, Paris, Le Cherche-Midi.
- ATTIAS-DONFUT, Claudine (1988), *Sociologie des générations, l’empreinte du temps*, Paris.
- ATTIAS-DONFUT, Claudine et Nicole LAPIERRE, (dir.)(1994), *Génération et filiation*, in *Communication*, n° 59, Paris, CETSAM/Seuil.
- BADOU, Guy (1989), *Les Nouveaux Vieux*, Paris, Le Pré aux Clercs.
- BÉRIOT, Louis (1991), *Le Grand Défi. Tous centenaires et en bonne santé*, Paris, Olivier Orban.
- CHERNAIS, Jean-Claude (1985), « Les inégalités démo-économiques entre générations », in D. Kessler et A. Masson (dir.), *Cycles de vie et générations*, Paris, Economica, pp. 147-155.
- CHERNAIS, Jean-Claude (1991), *La Population du monde de l’Antiquité à 2050*, Paris, Bordas.
- CICUREL, Michel (1989), *La Génération inoxydable*, Paris, Grasset.
- COMMISSION DES COMMUNAUTÉS EUROPÉENNES (1995), *Les Grands enjeux de la démographie en Europe*, Bruxelles.
- COURNOT, Augustin (1872), *Œuvres complètes*, t. IV : *Considérations sur le marché des idées*, Paris, Vrin, 1973.
- DITGEN, Alfred et Luc LEGOUX (1990), « Vieillesse par le haut et par le bas : l’exemple de la France », in M. Loriaux, D. Remy et E.-Vilquin (dir.), *Populations âgées et révolution grise*, Chaire Quételet 1986, Institut de Démographie -UCL, Louvain-la-Neuve, Ciaco, pp. 89-103.
- DUCHENE, Josianne et Guillaume WUNSCH (1990), « Les tables de mortalité limite : quand la biologie vient au secours du démographe », in M. Loriaux, D. Remy et E.-Vilquin (dir.), *Populations âgées et révolution grise*, Claire Quételet 1986, Institut de Démographie-UCL, Louvain-la-Neuve, Ciaco, pp. 327-332.
- EASTERLIN, Richard A. (1968). *Population, Labor Force and Long Swings in Economic Growth: The American Experience*, New York, National Bureau of Economic Research.
- FOURASTIÉ, Jean (1959), “De la vie traditionnelle à la vie tertiaire », *Population*, juillet-septembre, n° 3, pp. 417-432.

FOURASTIÉ, Jean (1979), *Les Trente Glorieuses ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*, Paris, Fayard (réédition : Hachette/Pluriel, 1985).

GUALLIER, Xavier (1988), *La Deuxième Carrière. Âges, emplois, retraite*, Paris, Seuil.

GOGNALONS-NICOLET, Maryvonne (1989), *La Maturescence : les 40-65 ans, âges critiques*, Lausanne, Favre.

GROUPE FAMILIAL (1990), *Les 45-65 ans et leurs parents âgés. Enée en at-il plein le dos?*, Paris, FNEPE, n° 128, juillet-septembre.

HALBWACHS, Maurice (1938), *Morphologie sociale*, Paris, Armand Colin/collection U2, 1970.

IBAROLLA, Jésus (1961), *Les Incidences des deux conflits mondiaux sur l'évolution démographique française*, Paris, Dalloz.

JOUVENEL, Hughes de (1989), « Les vieillissement démographique en Europe. Tendances et enjeux à l'horizon 2025 », *Futuribles*, n° 129-130, février-mars, pp. 53-119.

LE BRAS, Hervé (1973), « Parents, grands parents, bisaïeux », *Population*, n° 1, pp. 417-432.

LE BRAS, Hervé (1982), « Évolution des liens de famille au cours de l'existence », in *VI<sup>e</sup> Colloque national de démographie. Les Ages de la vie, tome I, Cahier « Travaux et documents »*, n° 96, Paris, INED/PUF, pp. 27-45.

**Traducción :** Lic. Caridad Karell Marín  
Dpto. Traducciones  
CNICM-Infomed